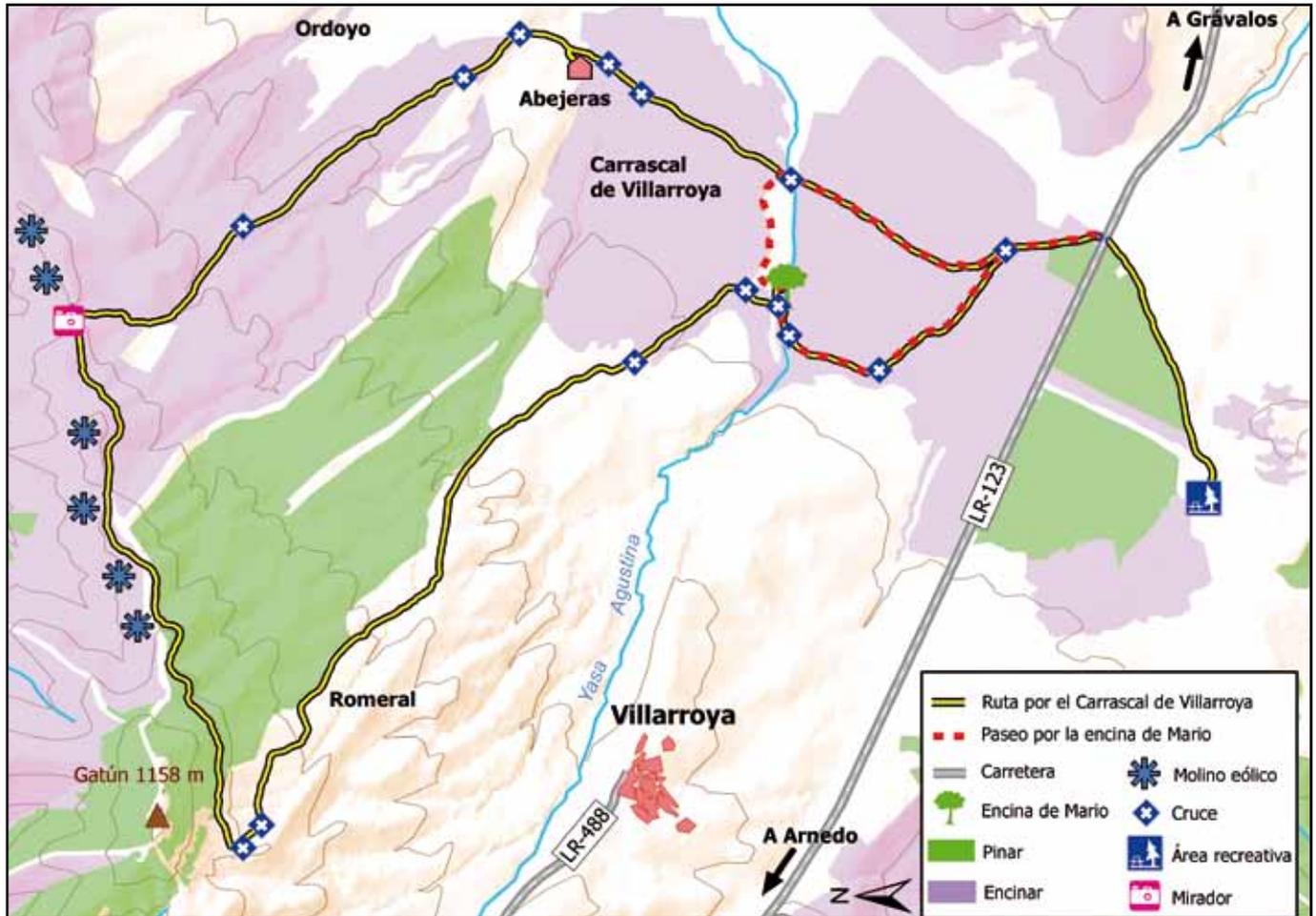


Por las antiguas dehesas



En la vertiente sur de la Sierra de Yerga se erige el Carrascal de Villarroya, un extenso encinar de cerca de 375 hectáreas. Antaño, cuando el ganado, las dehesas y cañadas eran una estampa habitual, este tipo de formaciones vegetales se sucedían por todo el valle del Ebro y por las zonas llanas de la montaña más mediterránea. Hoy, en cambio, el carrascal de Villarroya es uno de los escasos vestigios que quedan de aquellas dehesas, y probablemente el más bello y mejor conservado de La Rioja. En su interior perviven encinas centenarias plagadas de his-

toria, muchas de las cuales conservan huellas de aquellas épocas, como los agujeros en los troncos, ennegrecidos por las hogueras que hacían dentro de ellos los pastores para calentarse, o las formas alambicadas de sus ramas tras las repetidas cortas.

La primera ruta nos conduce precisamente a uno de estos ejemplares únicos, la “encina de Villarroya o de Mario”, declarada Árbol Singular. Para los que deseen un recorrido más largo, aunque cómodo y sin demasiado desnivel, el segundo paseo nos lleva hasta el corazón del carrascal, acercán-

donos a las zonas más elevadas, desde las que podemos disfrutar de unas bellas panorámicas de Villarroya, del valle y de las sierras colindantes. No nos será difícil ver rastros de jabalíes, tejones, liebres o ginetas, y con suerte, podemos sorprender algún lagarto ocelado o a cualquiera de las especies mediterráneas de aves que anidan en estos bosques.

La visita al área recreativa del carrascal, dotada de juegos infantiles elaborados con materiales naturales, mesas y asadores, puede poner el broche perfecto a esta jornada.



Para los más motivados

RUTA POR EL CARRASCAL DE VILLARROYA

El primer tramo coincide con el del paseo pequeño, pero al pasar la zona encementada continuamos recto por la pista principal. A unos 700 metros cogemos un camino que sale a la derecha y nos lleva a una zona más abierta donde veremos, también a nuestra derecha, una senda de tierra que desciende ligeramente.

Aquí podemos desviarnos un poco para visitar una curiosa abejera del siglo XVIII. Para ello, nada más pasar la yasa giramos a la izquierda, por debajo de las ruinas de unos corrales, y enseguida veremos pegada al barranco una pared blanca que esconde tras ella, los huecos que albergaban decenas de enjambres.

Regresamos a nuestra ruta, tomamos la senda de tierra y enseguida aparecen imponentes frente a nosotros los eólicos del monte Gatún. Avanzamos hacia ellos, pasando por una zona encharcadiza, y tras una leve subida por un camino a la izquierda nos reciben unas preciosas vistas de la llanada de Ordoyo.

Seguimos recto por el encinar, dejando a nuestra izquierda una señal de prohibido el paso. El camino asciende ligeramente, bordeado por bellos ejemplares de sabina. Volvemos a encontrar aquí una bifurcación, que tomaremos a la izquierda y que nos guiará en suave ascenso hasta la pista de los eólicos.

Merece la pena pararse debajo de estos “gigantes”, especialmente si el día está despejado, y contemplar las fabulosas vistas del valle del Cidacos, y dos de sus pueblos, Quel y Autol, custodiado por el monte de los Agudos de Calahorra.

Seguimos nuestra ruta hacia la izquierda, por la pista que bordea los molinos. Para no despistarnos, debemos tener cuidado de ir por la pista central algo más de 1,5 km y no desviarnos por los caminos que llevan a los aerogeneradores. Atravesamos una repoblación de pino laricio y vamos dejando atrás los molinos. Sobre nosotros, a la derecha, asoman enseguida los conglomerados del monte Gatún.



Puedes descargarte los **tracks para GPS** de todos los senderos publicados en esta sección en el apartado de itinerarios verdes de la web de medio ambiente del Gobierno de La Rioja www.larioja.org/medioambiente

Longitud: 11 km (circular).

Duración aproximada:
3 horas.

Desnivel acumulado: 250 m.

Dificultad:

Baja, pero conviene prestar atención a los cruces.

Medio: A pie (se recomienda ropa cómoda y calzado apropiado).

Época recomendada:
Primavera y otoño.



Cuando veamos un cartel que anuncia el parque eólico, abandonamos la pista principal y descendemos a la izquierda por una explanada de piedra para buscar, al fondo a la izquierda, una pequeña senda natural que baja por el romeral. El olor del romero nos acompaña todo el descenso, en el que veremos los restos de una antigua mina. Seguiremos de frente, sin tomar ningún desvío, hasta volver a entrar en el encinar que, en esta zona conserva ejemplares bellísimos y de gran tamaño, muchos de los cuales superan el metro y medio de diámetro.

Un poco más adelante, al llegar a un cruce tomamos la senda de la derecha. En el siguiente cruce de pista, si giramos a la izquierda encontraremos metida en el barranco la encina de Mario. Volvemos al cruce y seguimos de frente, junto a la Yasa. A partir de aquí, la vuelta es idéntica a la del sendero corto.